

UNA HOMILÍA SOBRE LA ORACIÓN



Autor desconocido.

Homilía o Sermón Sobre la Oración

1. No hay nada en toda la vida del hombre, bien amado en nuestro Salvador Cristo, tan necesario de ser dicho y diariamente de ser llamado, como la oración sincera, celosa y devota; la necesidad de la cual es tan grande que sin ella nada puede ser bien obtenido de la mano de Dios. Porque, como dice el apóstol Santiago: "Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces¹", de quien también se dice que es "rico y generoso para con todos los que le invocan²", no porque no quiera o no pueda dar sin pedir, sino porque ha establecido la oración como medio ordinario entre Él y nosotros.

No hay duda de que Él siempre "sabe de qué tenemos necesidad³" y siempre está dispuesto a dar en abundancia lo que nos falta. Sin embargo, con el fin de que le reconozcamos como dador de todos los bienes y nos comportemos agradecidos con Él en ese sentido, amándole, temiéndole y adorándole sincera y verdaderamente como debemos hacerlo, ha ordenado provechosa y sabiamente que en tiempos de necesidad nos humillemos ante sus ojos, derramemos los secretos de nuestro corazón ante Él y pidamos ayuda a sus manos, con una oración continua, ferviente y devota. Por boca de su santo profeta David dice así: 'Invócame en los días de tu angustia y te libraré⁴'. Igualmente en el Evangelio, por boca de su amado Hijo Cristo, dice: "Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá, porque el que pide recibe, el que busca halla, y al que llama se le abrirá⁵". San Pablo también, muy de acuerdo con esto, "ruega a los hombres que oren en todo lugar y que perseveren en ello con acción de gracias⁶". Tampoco el bienaventurado apóstol Santiago disiente en este punto, sino que, exhortando encarecidamente a todos los hombres a la oración diligente, dice: 'Si a alguno le falta sabiduría, que la pida a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche⁷'. También en otro lugar: 'Orad los unos por los

¹ Santiago 1:17.

² Romanos 10:12.

³ Mateo 6:8.

⁴ Salmos 50:15.

⁵ Mateo 7:7-8.

⁶ 1 Timoteo 2:8; Filipenses 4:6; Colosenses 4:2.

⁷ Santiago 1:5.

otros', dice, 'para que seáis sanados; la oración eficaz del justo puede mucho⁸. ¿Qué otra cosa nos enseña estos y otros lugares, sino sólo que Dios Todopoderoso, a pesar de su sabiduría y presciencia celestiales, debe ser rogado, debe ser invocado y que Él está más dispuesto a darnos de lo que nosotros lo estamos a pedirle?

Por lo tanto, la opinión y la razón de aquellos hombres que piensan que toda oración es superflua y vana, porque Dios "que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino⁹", y sabe cuál es la intención del Espíritu antes de que pidamos¹⁰, no hacen más que presentar un argumento torpe y necio. Porque si esta razón carnal e impía fuera suficiente para desaconsejar la oración, entonces ¿por qué nuestro Salvador Cristo exhortó tan a menudo a sus discípulos diciéndoles: Velad y orad¹¹? ¿Por qué les prescribió una forma de oración, diciendo: "Cuando oréis, orad así: "Padre nuestro que estás en los cielos, etc.¹²"? ¿Por qué oró Él mismo tan a menudo y tan fervorosamente antes de su pasión¹³? Finalmente, ¿por qué los apóstoles, inmediatamente después de su ascensión, se reunieron en un mismo lugar y allí continuaron largo tiempo en oración¹⁴? O bien deben condenar a Cristo y a sus apóstoles por extrema insensatez, o bien deben admitir necesariamente que la oración es algo sumamente necesario para todos los hombres en todo tiempo y lugar.

Es cierto que no hay nada más conveniente o necesario para la humanidad en todo el mundo que la oración. San Pablo dice: "orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia¹⁵". También en otro lugar nos exhorta a orar continuamente sin interrupción ni cese, queriendo decir con esto que nunca debemos aflojar ni desmayar en la oración, sino continuar en ella hasta el fin de nuestras vidas¹⁶. Podrían alegarse aquí otros lugares semejantes para declarar la gran necesidad y utilidad de la oración, pero ¿qué necesidad hay de muchas pruebas en un asunto tan sencillo, viendo que no hay hombre tan ignorante que no sepa, ni hombre tan ciego que no vea, que la oración es algo sumamente necesario en todos los estados y grados de los hombres? Porque sólo con la ayuda de ella alcanzamos los tesoros celestiales y eternos que Dios, nuestro Padre celestial, los cuales ha reservado y guardado para nosotros, sus hijos, en su querido y amado Hijo Jesucristo, con este pacto y promesa confirmada y sellada con toda seguridad para nosotros, de que si pedimos, recibiremos¹⁷.

⁸ Santiago 5:16.

⁹ Salmos 7:9.

¹⁰ Romanos 8:27; Mateo 6:8.

¹¹ Mateo 26:41; Marcos 13:33; Lucas 21:36.

¹² Mateo 6:9; Lucas 11:2.

¹³ Lucas 22:41–44.

¹⁴ Hechos 1:13–14.

¹⁵ Efesios 6:18.

¹⁶ 1 Tes. 5:17.

¹⁷ Juan 16:23–27.

Conocida suficientemente la gran necesidad de la oración, para que nuestras mentes y corazones se sientan más provocados y estimulados a orar, consideremos brevemente qué maravillosa fuerza y poder tiene para hacer que sucedan cosas extrañas y poderosas. Leemos en el libro del Éxodo que Josué, luchando contra los amalecitas, los conquistó y venció no tanto en virtud de su propia fuerza como por la ferviente y continua oración de Moisés, quien mientras mantuvo sus manos levantadas hacia Dios, más prevalecía Israel, pero cuando desfallecía y bajaba las manos, entonces Amalec y su pueblo prevalecían, hasta el punto de que Aarón y Hur, que estaban en el monte con él, se apresuraron a mantener en alto sus manos hasta la puesta del sol, pues de lo contrario el pueblo de Dios habría sido aquel día totalmente derrotado y puesto en fuga¹⁸. También leemos en otro lugar del mismo Josué, cómo en el asedio de Gabaón, haciendo su humilde petición al Dios Todopoderoso, hizo que el sol y la luna detuvieran su curso y se estacionaran en medio del cielo por el espacio de un día entero, hasta el momento en que el pueblo fue suficientemente vengado de sus enemigos¹⁹. ¿Y no fue la oración de Josafat de gran fuerza y fortaleza cuando Dios, a petición suya, hizo que sus enemigos se pelearan entre sí y voluntariamente se destruyeran unos a otros²⁰? ¿Quién puede maravillarse bastante del efecto y la virtud de la oración de Elías? Siendo un hombre sujeto a pasiones como nosotros, rogó al Señor que no lloviera y no llovió sobre la tierra por espacio de tres años y seis meses. Volvió a rogar para que lloviera y hubo gran abundancia, de modo que la tierra produjo sus frutos en abundancia²¹. Sería demasiado largo hablar de Judit²², Ester²³, Susana²⁴ y de muchos otros hombres y mujeres piadosos, de lo mucho que prevalecieron en todas sus acciones al dedicar sus mentes seria y devotamente a la oración. Baste por ahora concluir con los dichos de Agustín y Crisóstomo, de los cuales el uno llama a la oración "la llave del cielo²⁵"; el otro afirma claramente que "no hay nada en todo el mundo más fuerte que un hombre que se entrega a la oración ferviente²⁶".

Ahora pues, amados míos, siendo la oración cosa tan necesaria y de tanta fuerza delante de Dios, seamos, como nos enseña el ejemplo de Cristo y de sus apóstoles, fervorosos y diligentes en invocar el nombre del Señor. No desfallezcamos nunca, no aflojemos nunca, no nos rindamos nunca, sino que cada día y cada hora, temprano y tarde, a tiempo y fuera de tiempo, ocupémonos en meditaciones y oraciones piadosas. ¿Y si acaso no obtenemos nuestra petición a la primera? Entonces, no nos desanimemos, sino clamemos e invoquemos continuamente a Dios; seguro que al fin nos oirá, si no por otra causa, sí por la misma importunidad.

¹⁸ Éx. 17:10–13.

¹⁹ Stg. 10:12–13.

²⁰ 2 Cr. 20:1–24.

²¹ Santiago 5:17–18; 1 Reyes 17:1; 18:42–45; Lucas 4:25.

²² Jue. 9, 12:8; 13:4–9.

²³ Ester 4:16, 17.

²⁴ Susana 1:42–44 (apócrifo).

²⁵ Agustín, Sermones, 47 (De tempore, 226).

²⁶ Crisóstomo, Hom., en Mateo., 57 (58).

Acuérdate de la parábola del juez injusto y de la pobre viuda, cómo ella con sus importunos ruegos hizo que Él hiciese justicia contra su adversario, aunque por lo demás no temía ni a Dios ni a los hombres. ¿No vengará mucho más Dios a sus escogidos, que claman a Él día y noche?²⁷ Así, también enseñó a sus discípulos, y en ellos a todos los verdaderos cristianos, a orar siempre y a no desfallecer ni desanimarse jamás. Recordad también el ejemplo de la mujer de Canaán, cómo fue rechazada por Cristo y llamada perra, como indigna de cualquier beneficio de sus manos; sin embargo, no se rindió, sino que continuó siguiéndole sin desfallecer, clamando y pidiéndole que fuera bueno y misericordioso con su hija, y al final, con mucha importunidad, obtuvo su petición²⁸. Aprendamos con estos ejemplos a ser fervorosos en la oración, asegurándonos de que todo lo que pidamos a Dios Padre en el nombre de su Hijo Cristo y según su voluntad, sin duda lo concederá²⁹. Él es la verdad misma y tan cierto como lo ha prometido, así de cierto es que lo cumplirá. Dios, por su gran misericordia, obre así en nuestros corazones por su Espíritu Santo, para que siempre le hagamos nuestras humildes oraciones como es debido, y obtengamos siempre lo que pedimos, por Jesucristo nuestro Señor. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

2. En la primera parte de este sermón oísteis declarar y probar la gran necesidad y también la gran fuerza de la oración devota y ferviente, tanto por diversos testimonios de peso como también por varios buenos ejemplos de la Sagrada Escritura. Ahora aprenderéis a quién debéis invocar y a quién debéis dirigir siempre vuestras oraciones.

Evidentemente, el santo testamento de Dios nos enseña que Dios Todopoderoso es la única fuente y manantial de toda bondad, y que todo lo que tenemos en este mundo lo recibimos sólo de sus manos. A este efecto sirve la cita de Santiago: 'Toda buena dádiva y todo don perfecto', dice él, 'viene de arriba y procede del Padre de las luces'³⁰. A este efecto sirve también el testimonio de Pablo en diversos lugares de sus epístolas, atestiguando que el espíritu de sabiduría, el espíritu de conocimiento y revelación, sí todo don bueno y celestial, como la fe, la esperanza, la caridad, la gracia y la paz vienen única y exclusivamente de Dios³¹. En consideración a lo cual estalla en una pasión repentina y dice: "Oh hombre, ¿qué tienes que no hayas recibido?³²" Por lo tanto, siempre que necesitemos o carezcamos de algo que pertenezca al cuerpo o al alma, sólo nos corresponde acudir a Dios, que es el único dador de todas las cosas buenas. Nuestro Salvador Cristo en el Evangelio, enseñando a sus discípulos cómo debían orar, los envía al Padre en su

²⁷ Lucas 18:1–7.

²⁸ Mateo 15:22–28.

²⁹ Juan 16:23; 1 Juan 5:14–15.

³⁰ Santiago 1:17.

³¹ Romanos 1:7; 5:1–5; 1 Corintios 12:8; Efesios 1:17; 2:8; 1 Tesalonicenses 3:12.

³² 1 Corintios 4:7.

nombre, diciendo: 'De cierto, de cierto os digo, que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará'³³. Y en otro lugar: 'Cuando oréis, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos, etc.'³⁴ ¿Y no es Dios mismo, por boca de su profeta David, quien nos quiere y nos manda que le invoquemos?³⁵ El apóstol desea gracia y paz a todos los que invocan el nombre del Señor y de su Hijo Jesucristo³⁶; como también lo hace el profeta Joel, diciendo: 'Y sucederá que todo el que invoque el nombre del Señor será salvo'³⁷.

Así, pues, queda claro por la infalible Palabra de verdad y vida que en todas nuestras necesidades debemos acudir a Dios, dirigirle nuestras oraciones, invocar su santo nombre, desear la ayuda de sus manos y no de otras. Y si queréis tener una razón más, fijaos en lo que sigue. Hay ciertas condiciones muy necesarias que deben encontrarse en todo aquel a quien debemos invocar, que si no se encuentran en aquel a quien oramos, entonces nuestra oración no nos sirve de nada, sino que es completamente en vano. La primera es que aquel a quien oramos pueda ayudarnos. La segunda es que nos ayude. La tercera es que sea alguien que pueda escuchar nuestras oraciones. La cuarta es que Él comprende mejor que nosotros mismos de qué carecemos y hasta qué punto tenemos necesidad de ayuda. Si estas cosas se hallan en otro que no sea Dios, entonces podemos legítimamente invocar a otro fuera de Él. Pero ¿qué hombre es tan grosero, sino aquel que no comprende bien que estas cosas sólo son propias de aquel que es Omnipotente y conoce todas las cosas, incluso los mismos secretos del corazón, es decir, sólo y únicamente de Dios?³⁸ De donde se sigue que no debemos invocar ni a un ángel ni a un santo, sino sólo y únicamente a Dios. Como escribe San Pablo: ¿Cómo invocarán los hombres a aquel en quien no han creído?³⁹ De modo que la invocación o la oración no pueden hacerse sin fe en aquel a quien invocamos, sino que primero debemos creer en Él antes de poder dirigirle nuestras oraciones, después de lo cual debemos orar sólo y únicamente a Dios. Porque decir que debemos creer ya sea en un ángel o en un santo o en cualquier otra criatura viviente sería la más horrible blasfemia contra Dios y su santa Palabra, ni esta fantasía debería entrar en el corazón de ningún hombre cristiano, porque se nos enseña expresamente en la Palabra del Señor sólo a descansar nuestra fe en la bendita Trinidad, en cuyo único nombre también somos bautizados de acuerdo con el mandamiento expreso de nuestro Salvador Jesucristo en el último capítulo de Mateo⁴⁰.

Pero, para que la verdad de esto se evidencie mejor, incluso para los más simples e ignorantes, consideremos qué es la oración. San Agustín la llama "una elevación de

³³ Juan 16:23.

³⁴ Mateo 6:9; Lucas 11:2.

³⁵ Salmos 50:15.

³⁶ 1 Corintios 1:2-3.

³⁷ Joel 2:32; Hechos 2:21.

³⁸ 1 Juan 3:20; Salmos 44:21.

³⁹ Rom. 10:14.

⁴⁰ Mateo. 28:19.

la mente a Dios, es decir, un humilde y modesto derramamiento del corazón hacia Dios⁴¹". Isidoro dice que "es un afecto del corazón y no un trabajo de los labios⁴²". De modo que, según estos pasajes, la verdadera oración consiste no tanto en el sonido exterior y la voz de las palabras, sino en el gemido y el clamor interior del corazón hacia Dios. Ahora bien, ¿hay algún ángel, alguna virgen, algún patriarca o profeta entre los muertos que pueda entender o conocer el significado del corazón? La Escritura dice: "Es Dios quien escudriña el corazón y las entrañas", y que "sólo él conoce los corazones de los hijos de los hombres⁴³". En cuanto a los santos, tienen tan poco conocimiento de los secretos del corazón que muchos de los padres antiguos dudan mucho de si saben algo de lo que se hace comúnmente en la tierra. Y aunque algunos piensan que sí, San Agustín, doctor de gran autoridad y también de la antigüedad, opina de ellos que estos no saben más de lo que nosotros hacemos en la tierra que lo que nosotros sabemos de lo que ellos hacen en el cielo. Para probarlo, cita al profeta Isaías, donde se dice: «Abraham nos ignora e Israel no nos conoce»⁴⁴. Por lo tanto, su intención no es que les rindamos culto o les oremos, sino que los honremos siguiendo su vida virtuosa y piadosa⁴⁵. Porque, como él mismo atestigua en otro lugar, los mártires y los hombres santos en tiempos pasados solían ser recordados y nombrados por el sacerdote en el servicio divino después de su muerte, pero nunca eran invocados o implorados. ¿Por qué? Porque el sacerdote, dice, "es sacerdote de Dios y no de ellos⁴⁶", por lo que está obligado a invocar a Dios y no a ellos.

Así ves que la autoridad tanto de la Escritura como de Agustín no permite que les oremos. Oh, si todos los hombres leyeran y escudriñaran con estudio diligente las Escrituras⁴⁷, entonces no se ahogarían en la ignorancia, sino que fácilmente percibirían la verdad, tanto de este punto de doctrina como de todos los demás. Porque allí el Espíritu Santo nos enseña claramente que Cristo es nuestro único mediador e intercesor ante Dios, y que no debemos buscar ni acudir a ningún otro. Si alguno peca, dice San Juan, "abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo, que es la propiciación por nuestros pecados⁴⁸". También dice San Pablo: "Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre⁴⁹". A lo cual concuerda el testimonio de nuestro Salvador mismo, que dice que nadie viene al Padre sino por Él, que es el camino, la verdad, la vida y la única puerta por la que debemos entrar en el reino de los cielos, porque Dios no se complace en ningún otro sino en Él⁵⁰. Por lo cual también clama y nos llama para que vayamos a Él, diciendo:

⁴¹ Anónimo, De Spiritu et anima, 50. Tradicionalmente atribuido a San Agustín.

⁴² Isidoro de Sevilla, Sententiae, 3.7.

⁴³ Sal. 7:9; Apocalipsis 2:23; Juan 17:10; 2 Cr. 6:30.

⁴⁴ Isaías. 63:16, citado en Agustín, De cura pro mortuis gerenda, 16.

⁴⁵ Agustín, De vera religione, 108. 46. Agustín, De civitate Dei, 22.10.

⁴⁶ Augustine, De civitate Dei, 22.10.

⁴⁷ Juan 5:39.

⁴⁸ 1 Juan 2:1–2.

⁴⁹ 1 Tim. 2:5.

⁵⁰ Juan 14:6, 10:9; Mateo 17:5.

'Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar⁵¹. ¿Querría Cristo que fuéramos tan necesariamente a Él? ¿Y lo abandonaríamos con la mayor ingratitud y correríamos a otro? Esto es precisamente lo que tanto lamenta Dios por medio de su profeta Jeremías, cuando dice: "Mi pueblo ha cometido dos grandes pecados: me han abandonado a mí, fuente de aguas de vida, y han cavado para sí pozos agrietados que no retienen agua⁵²". ¿No es, pensáis, que es un insensato aquel que corre a buscar agua a un pequeño arroyo cuando bien podría ir a la fuente principal? Del mismo modo, se puede sospechar con justicia de su sabiduría el que huye a los santos en tiempos de necesidad, cuando puede declarar con valentía y sin temor su dolor y dirigir su oración al Señor mismo.

Si Dios fuera extraño o peligroso para hablar con Él, entonces podríamos con justicia dar marcha atrás y buscar a otro. Pero "el Señor está cerca de los que lo invocan con fe y verdad⁵³" y "la oración de los humildes y mansos siempre le ha agradado⁵⁴". ¿Y si somos pecadores? ¿No oraremos entonces a Dios? ¿O desesperaremos de obtener algo de sus manos? ¿Por qué entonces Cristo nos enseñó a pedir perdón por nuestros pecados, diciendo: "Y perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden⁵⁵"? ¿Pensaremos que los santos son más misericordiosos que Dios al escuchar a los pecadores? David dice que «el Señor es muy misericordioso y clemente, lento para la ira y grande en misericordia⁵⁶». San Pablo dice que «es rico en misericordia para con todos los que lo invocan⁵⁷». Y Él mismo, por boca de su profeta Isaías, dice: «Por un poco de tiempo te abandoné, pero con gran compasión te recogeré; por un momento en mi ira escondí mi rostro de ti, pero con misericordia eterna tuve compasión de ti⁵⁸». Por tanto, los pecados de cualquier hombre no deben impedirle orar al Señor su Dios, pero si es verdaderamente penitente y firme en la fe, puede tener la seguridad de que el Señor será misericordioso con él y escuchará sus oraciones.

Pero yo no me atrevo (dirá alguien) a molestar a Dios en todo momento con mis oraciones; vemos que en las casas de los reyes y en las cortes de los príncipes no se puede admitir a los hombres a menos que primero utilicen la ayuda y los medios de algún noble especial para llegar a la palabra del rey y obtener lo que desean. A esta razón responde muy bien San Ambrosio, escribiendo sobre el primer capítulo de la Carta a los Romanos: "Por lo tanto", dice, "solemos acudir al rey por medio de oficiales y nobles, porque el rey es un hombre mortal y no sabe a quién puede encomendar el gobierno de la república. Pero para tener a Dios como amigo, a quien nada se le oculta, no necesitamos ningún ayudador que nos ayude con su buena

⁵¹ Mateo 11:28.

⁵² Jeremías 2:13.

⁵³ Salmo 145:18.

⁵⁴ Jueces 9:16.

⁵⁵ Mateo 6:12.

⁵⁶ Salmo 103:8.

⁵⁷ Efesios 2:4; Romanos 10:12.

⁵⁸ Isaías 54:7-8.

palabra, sino sólo un espíritu devoto y piadoso⁵⁹. Y si es así, que necesitamos a alguien que interceda por nosotros, ¿por qué no podemos contentarnos con ese "único mediador, que está a la diestra de Dios" Padre, y que "vive allí para siempre para interceder por nosotros⁶⁰"? Así como la sangre de Cristo nos redimió en la cruz y nos limpió de nuestros pecados, también ahora es capaz de salvar a todos los que se acercan a Dios por ella. Porque Cristo, sentado en el cielo, tiene un sacerdocio eterno, y siempre ora a su Padre por los que se arrepienten, obteniendo en virtud de sus llagas, que están siempre a la vista de Dios, no sólo la remisión perfecta de nuestros pecados, sino también todas las demás necesidades que nos faltan en este mundo, de modo que su única mediación es suficiente en el cielo y no necesita de ningún otro que lo ayude⁶¹.

¿Por qué, pues, oramos unos por otros en esta vida? Quizá alguien nos lo pregunte. En verdad, así lo queremos hacer por el mandamiento expreso tanto de Cristo como de sus discípulos, de manifestar en nuestras plegarias por nuestro hermano tanto la fe que tenemos en Cristo hacia Dios como también la caridad mutua que tenemos unos hacia otros, compadeciéndonos de la situación de nuestro hermano y haciendo humildes peticiones a Dios por él⁶². Pero que oremos a los santos no tenemos ningún mandamiento en toda la Escritura ni tampoco ejemplo que podamos seguir con seguridad. De modo que, al hacerse sin la autoridad de la Palabra de Dios, carece de la base de la fe y, por lo tanto, no puede ser aceptable ante Dios⁶³. "Porque todo lo que no es de fe es pecado⁶⁴", y el Apóstol dice que "la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios⁶⁵".

Pero tú objetarás además que los santos en el cielo sí oran por nosotros y que su oración procede de una sincera caridad que tienen hacia sus hermanos en la tierra. A lo que se puede responder, en primer lugar, que nadie sabe si oran por nosotros o no. Y si alguien trata de probarlo argumentando que esto es debido la naturaleza de la caridad, concluyendo que por cuanto oraron por los hombres en la tierra, por lo tanto, hacen con mucha más razón lo mismo ahora en el cielo, entonces se puede decir por la misma razón que tan a menudo como lloramos en la tierra ellos también lloran en el cielo, porque mientras vivían en este mundo es muy cierto y seguro que lo hicieron. En cuanto a ese pasaje que está escrito en el Apocalipsis, a saber, que el ángel ofreció las oraciones de los santos sobre el altar de oro, se entiende propiamente y debe entenderse correctamente de los santos que aún viven en la tierra, y no de los que están muertos⁶⁶; de otra manera, ¿qué necesidad habría de que el ángel ofreciera sus oraciones, estando ahora en el cielo ante la faz de Dios

⁵⁹ Hilario el diácono, Comentario en Romanos., 1.22. Tradicionalmente atribuido a Ambrosio.

⁶⁰ 1 Tim. 2:5; Rom. 8:34; Heb. 7:25.

⁶¹ Heb. 7:24; 9:12, 24; 10:12.

⁶² Mt. 5:44; 6:9-13; Stg. 5:16; Col. 3:3; 1 Tim. 2:1-2.

⁶³ Heb. 11:6.

⁶⁴ Rom. 14:23.

⁶⁵ Romanos 10:17.

⁶⁶ Apocalipsis 8:3-4.

Todopoderoso? Pero admitamos que los santos oran por nosotros, pero no sabemos cómo, si especialmente por aquellos que los invocan o en general por todos los hombres, deseando el bien a todos por igual. Si oran especialmente por aquellos que los invocan, entonces es como si escucharan nuestras oraciones y también conocieran el deseo de nuestro corazón. Lo cual es falso, y esto ya está demostrado, tanto por las Escrituras como por la autoridad de Agustín.

No pongamos, pues, nuestra confianza en los santos o mártires que han muerto. No los invoquemos ni deseemos ayuda de sus manos; más bien, elevemos siempre nuestros corazones a Dios en el nombre de su amado Hijo Cristo, por cuya causa, así como Dios ha prometido escuchar nuestras oraciones, así también lo hará verdaderamente. La invocación es algo que sólo debemos dirigir a Dios, y que si se lo atribuimos a los santos, ellos lo han de recibir como una ofensa, lo cual tampoco pueden soportarlo de nuestras manos. Cuando Pablo sanó a un hombre cojo que estaba impotente de los pies en Listra, el pueblo quería ofrecerle sacrificios a él y a Bernabé, pero ellos, rasgando sus vestiduras, se negaron a hacerlo y los exhortaron a adorar al verdadero Dios⁶⁷. Del mismo modo, en el Apocalipsis, cuando San Juan se postró a los pies del ángel para adorarlo, el ángel no le permitió hacerlo, sino que le ordenó que adorara a Dios⁶⁸. Estos ejemplos nos declaran que los santos y los ángeles en el cielo no quieren que les rindamos ningún honor que sea debido y apropiado a Dios. Sólo Él es nuestro Padre, sólo Él es omnipotente, sólo Él sabe y entiende todas las cosas, sólo Él puede ayudarnos en todo tiempo y en todo lugar, "permite que el sol brille sobre los buenos y los malos; alimenta a los cuervos jóvenes que claman a Él; salva tanto al hombre como a la bestia⁶⁹; Él no quiere que perezca ni un solo cabello de nuestra cabeza, sino que siempre está dispuesto a ayudar y preservar a todos los que ponen su confianza en Él, según lo ha prometido, diciendo: "Antes de que llamen, responderé, y mientras hablen, escucharé⁷⁰". No desconfiemos, pues, de su bondad, no temamos acercarnos al trono de su misericordia, no busquemos la ayuda y el auxilio de los santos, sino acerquémonos nosotros mismos con valentía⁷¹, sin dudar nada, sino que Dios, por amor a Cristo, en quien se complace⁷², nos escuchará sin un portavoz y cumplirá nuestro deseo en todas las cosas que sean agradables a su santísima voluntad. Así lo dice Crisóstomo, antiguo doctor de la Iglesia⁷³, y así debemos creer firmemente, no porque él lo diga, sino mucho más porque es la doctrina de nuestro Salvador Cristo mismo, quien ha prometido que si oramos al Padre en su nombre, ciertamente seremos escuchados, tanto para el alivio de nuestras necesidades como también para la salvación de

⁶⁷ Hechos 14:8–18.

⁶⁸ Apocalipsis 19:10; 22:8–9.

⁶⁹ Mateo 5: 45; Sal. 147:9; 36:6; Luc. 12:7; 21:18.

⁷⁰ Isa. 65:24.

⁷¹ Heb. 4:16, 10:19–23.

⁷² Mat. 17: 5.

⁷³ Juan Crisóstomo, Hom. de prof. evang. (Opera, 3, 309A).

nuestras almas⁷⁴, que él nos ha comprado, no con oro ni plata, sino con su preciosa sangre, derramada una vez por todas en la cruz⁷⁵.

A Él, pues, con el Padre y el Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios, sea todo honor, alabanza y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

3. En la otra parte de este sermón se os enseñó a quién debéis dirigir vuestras oraciones en tiempos de necesidad y urgencia, es decir, no a los ángeles ni a los santos, sino al Dios eterno y viviente, quien, por ser misericordioso, siempre está dispuesto a escucharnos cuando lo invocamos con fe verdadera y perfecta, y por ser omnipotente, puede fácilmente realizar y hacer que suceda lo que pedimos de sus manos. Dudar de su poder sería un claro punto de infidelidad y totalmente contrario a la doctrina del Espíritu Santo, que enseña que él es todo en todos. Y en cuanto a su buena voluntad en este sentido, tenemos testimonios expresos en las Escrituras de que Él nos ayudará y también nos librerá si lo invocamos en tiempos de angustia⁷⁶. De modo que en ambos aspectos debemos invocar más a Él que a cualquier otro. Por tanto, nadie debe dudar de acercarse con valentía a Dios, porque es pecador. Porque el Señor, como dice el profeta David, «es clemente y misericordioso»; sí, «su misericordia y bondad perduran para siempre⁷⁷». El que envió a su propio Hijo al mundo para salvar a los pecadores⁷⁸, ¿no escuchará también a los pecadores, si con un corazón sincero y arrepentido y una fe firme le oran?

Sí, «si reconocemos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad⁷⁹», como nos enseñan claramente los ejemplos de David⁸⁰, Pedro⁸¹, María Magdalena⁸², el publicano⁸³, y varios otros. Y puesto que es necesario que nos ayude algún mediador e intercesor, contentémonos con aquel que es el verdadero y único mediador del Nuevo Testamento, es decir, el Señor y Salvador Jesucristo⁸⁴. Porque, como dice San Juan: «Si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo, que es la propiciación por nuestros pecados⁸⁵». Y San Pablo en su primera epístola a Timoteo dice: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo⁸⁶».

⁷⁴ Juan 14:13–14; 15:16; 16:23–7.

⁷⁵ 1 Pedro 1:18–19.

⁷⁶ Sal. 50, 15.

⁷⁷ Sal. 103:8; 107:1.

⁷⁸ 1 Tim. 1:16; Juan 3:17.

⁷⁹ 1 Juan 1:9.

⁸⁰ 2 Sam. 12:13.

⁸¹ Juan 21:15–19.

⁸² Marcos 16:7, 9.

⁸³ Lucas 18:14.

⁸⁴ Hebreos 12:24.

⁸⁵ 1 Juan 2:1–2.

⁸⁶ 1 Timoteo 2:5–6.

Ahora bien, una vez establecida esta doctrina, se os instruirá sobre qué clase de cosas y ante qué clase de personas debéis hacer vuestras oraciones a Dios. Es muy conveniente que todos los hombres, cuando oren, consideren bien y diligentemente en sí mismos lo que piden y requieren de las manos de Dios, no sea que, si desean lo que no deben, sus peticiones queden como vanas y sin efectos. En cierta ocasión, un pretendiente importuno se presentó ante el rey Agesilao y le pidió con insistencia algo: «Señor, si a vuestra merced le place, me lo prometisteis una vez». «Es verdad», respondió el rey, «si es justo lo que pides, entonces te lo prometí; El hombre no quiso que el rey le respondiera de esa manera, sino que, insistiéndole cada vez más, dijo: «Es propio de un rey cumplir la más mínima palabra que ha dicho, aunque sólo le haga un gesto con la cabeza». «Nada más», dijo el rey, «de lo que conviene a quien se acerca a un rey hablar y pedirle cosas que son justas y honestas». Así, el rey desechó a este pretendiente irrazonable e importuno⁸⁷. Ahora bien, si se debe tener tanta consideración cuando nos arrodillamos ante un rey terrenal, ¡cuánto más se debe tener cuando nos arrodillamos ante el rey celestial, que sólo se deleita en la justicia y la equidad, y no admitirá ninguna petición vana, tonta o injusta! Por lo tanto, será bueno y provechoso que consideremos y determinemos con detenimiento qué cosas podemos pedir legítimamente a Dios sin temor a ser rechazados, y también a qué clase de personas estamos obligados a encomendar a Dios en nuestras oraciones diarias.

En la oración de todo hombre bueno y piadoso, hay que tener en cuenta principalmente dos cosas: su propia necesidad y la gloria de Dios todopoderoso. La necesidad pertenece, o bien externamente al cuerpo, o bien internamente al alma. Esta parte del hombre, por ser mucho más preciosa y excelente que la otra, debemos anhelar en primer lugar aquellas cosas que pertenecen propiamente a su salvación; como el don del arrepentimiento, el don de la fe, el don de la caridad y las buenas obras, la remisión y el perdón de los pecados, la paciencia en la adversidad, la humildad en la prosperidad y otros frutos semejantes del Espíritu, como `esperanza, amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, mansedumbre y templanza⁸⁸, cosas que Dios requiere de todos los que profesan ser sus hijos, diciéndoles de esta manera: `Dejad que vuestra luz brille delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos⁸⁹. Y en otro lugar también dice: `Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y las demás cosas os serán añadidas⁹⁰. En lo cual nos recuerda que nuestro principal y mayor cuidado debe ser por aquellas cosas que pertenecen a la salud y salvaguardia del alma, porque aquí no tenemos, como dice el apóstol, `una ciudad permanente, sino que buscamos otra en el mundo venidero⁹¹.

⁸⁷ Plutarco, *Apophthegmata Laconica*, Agesilai Magni, 4., pág. 208 C.

⁸⁸ Gálatas 5:22–3; Romanos 15:13.

⁸⁹ Mateo 5:16.

⁹⁰ Mateo 6:33.

⁹¹ Hebreos 13:14.

Ahora bien, cuando hayamos orado suficientemente por las cosas que pertenecen al alma, entonces podremos legítimamente y con conciencia tranquila, orar también por nuestras necesidades corporales, como la comida, la bebida, el vestido, la salud del cuerpo, la liberación de la cárcel, la prosperidad en nuestros asuntos cotidianos y así sucesivamente, según tengamos necesidad. ¿Qué mejor ejemplo podemos tener, que aquel que nos dio Cristo nuestro Señor, quien enseñó a sus discípulos y a todos los demás hombres cristianos a orar primero por las cosas celestiales, y después por las terrenales, como se ve en la oración que dejó a su Iglesia, llamada comúnmente oración del Señor⁹²? En el libro primero⁹³ de los Reyes, capítulo tercero, está escrito que "Dios se apareció de noche en sueños al rey Salomón, diciendo: Pídeme lo que quieras y yo te lo daré". Salomón hizo su humilde oración y pidió un corazón sabio y prudente que pudiera juzgar y comprender lo que era bueno y lo que era malo, lo que era piadoso y lo que era impío, lo que era justo y lo que era injusto a los ojos del Señor. A Dios le agradó maravillosamente que le pidiera esto. Y Dios le dijo: Por cuanto pediste esta palabra, y no pediste muchos días y largos años sobre la tierra, ni abundancia de riquezas y bienes, ni la vida de tus enemigos que te aborrecen, sino que pediste sabiduría para sentarte en juicio, he aquí que yo te he hecho conforme a tu palabra, te he dado un corazón sabio, lleno de ciencia y de inteligencia, como nunca antes hubo otro como tú, ni lo habrá en el futuro. Además de esto te he dado lo que no pediste, es decir, riquezas y bienes mundanos, honor y gloria principescos, de modo que también en esto superarás a todos los reyes que han existido jamás⁹⁴. Nótese en este ejemplo cómo Salomón, al recibir de parte de Dios la invitación de elegir cualquier cosa que deseara, no pidió cosas vanas y transitorias, sino los altos y celestiales tesoros de la sabiduría, y que al actuar de esta manera obtuvo, por así decirlo, en recompensa, riquezas y honor. De lo cual podemos aprender que en nuestras oraciones diarias debemos pedir principalmente y de modo prioritario aquellas cosas que conciernen al reino de Dios y a la salvación de nuestras propias almas, sin dudar en nada de que todas las demás cosas, según la promesa de Cristo, nos serán concedidas.

Pero aquí debemos tener cuidado de no olvidar el otro fin mencionado anteriormente, es decir, la gloria de Dios. A menos que tengamos esto presente y lo pongamos ante nuestros ojos como un propósito principal al hacer nuestras oraciones, no podemos esperar ser escuchados ni recibir nada del Señor. En el capítulo veinte de Mateo, "la madre de los dos hijos de Zebedeo se acercó a Jesús, lo adoró y le dijo: "Concede que mis dos hijos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda⁹⁵". En esta petición, ella no respetó la gloria de Dios, sino que declaró claramente la ambición y la vanagloria de su propia mente, por lo que también fue rechazada y reprendida muy dignamente por la mano del Señor.

⁹² Mateo 6:9–13; Lucas 11:2–4.

⁹³ El texto original dice aquí «tercero», en consonancia con el título tradicional griego y latino del libro.

⁹⁴ 1 Reyes 3:5–13.

⁹⁵ Mateo 20:20–23.

De la misma manera leemos en los Hechos de un tal Simón el Mago, un hechicero, cómo “él, percibiendo que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: “Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo imponga mis manos reciba el Espíritu Santo⁹⁶”. Al hacer esta petición, no buscaba el honor y la gloria de Dios, sino su propia ganancia y lucro privado, pensando obtener una gran cantidad de dinero con esta hazaña, y por eso se le dijo con justicia: “Tu dinero perezca contigo, porque piensas que el don de Dios se puede obtener con dinero”. Estos y otros ejemplos nos enseñan, cuando hacemos nuestras oraciones a Dios, a respetar principalmente el honor y la gloria de su nombre. De lo cual tenemos este precepto general del apóstol Pablo: “Ya sea que comáis o bebáis, o cualquier otra cosa que hagáis, mirad que lo hagáis para la gloria de Dios⁹⁷”. Lo cual haremos mejor si seguimos el ejemplo de nuestro Salvador Cristo, quien, orando para que pasara de sí la amarga copa de la muerte, no quiso que se cumpliera en ello su propia voluntad, sino que encomendó todo el asunto a la buena voluntad y agrado de su Padre⁹⁸.

Y hasta aquí sobre las cosas que podemos pedir a Dios legítima y valientemente.

Ahora se sigue que declaramos por qué clase de personas estamos obligados en conciencia a orar. San Pablo, escribiendo a Timoteo, lo exhorta a hacer oraciones y súplicas por todos los hombres, sin exceptuar a ninguno, de cualquier grado o estado que sea. En este lugar menciona por su nombre a reyes y gobernantes que están en autoridad, haciéndonos saber con ello cuán grandemente concierne al beneficio de la mancomunidad el orar diligentemente por los poderes superiores⁹⁹. Y no es sin razón que tan a menudo en todas sus epístolas pide las oraciones del pueblo de Dios por él¹⁰⁰. Porque al hacerlo así declara al mundo cuán conveniente y necesario es invocar diariamente a Dios por los ministros de su santa Palabra y sacramentos, para que se les abra puertas para exponer el evangelio, para que puedan entender verdaderamente las Escrituras, para que puedan predicarlas eficazmente al pueblo y producir los genuinos frutos de ellas para ejemplo de todos los demás. De esta manera oraba continuamente la congregación por Pedro en Jerusalén y por Pablo entre los gentiles, para el gran aumento y avance del evangelio de Cristo¹⁰¹. Y si nosotros, siguiendo su buen ejemplo en esto, aplicamos lo aprendido haciendo lo mismo, sin duda no se puede expresar cuánto nos ayudaremos y también el gran agrado que obtendremos de Dios.

Discutir y repasar todos los grados de personas sería demasiado largo; por lo tanto, tomaremos brevemente esta única conclusión para todos. A quienes estamos

⁹⁶ Hechos 8:18–20.

⁹⁷ 1 Corintios 10:31; Colosenses 3:17.

⁹⁸ Mateo 26:39; Marcos 14:36; Lucas 22:42.

⁹⁹ 1 Timoteo 2:1–2.

¹⁰⁰ Colosenses 4:3–4; Romanos 15:30–32; 2 Tesalonicenses 3:1–2; Efesios 6:19–20.

¹⁰¹ Hechos 12:5; 2 Corintios 1:11; Filipenses 1:19; Filemón 1:22.

obligados por mandamiento expreso a amar, también estamos obligados en conciencia a orar por ellos, pero estamos obligados por mandamiento expreso a amar a todos los hombres como a nosotros mismos; por eso también estamos obligados a orar por todos los hombres, así como si fuera por nosotros mismos, a pesar de que sepamos que algunos de ellos son nuestros enemigos extremos y mortales, porque así nos enseña claramente nuestro Salvador Cristo en su santo evangelio, diciendo: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os odian, orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos¹⁰²". Y como enseñó a sus discípulos, así lo practicó Él mismo en su vida, orando por sus enemigos en la cruz y deseando que su Padre los perdonara, porque no sabían lo que hacían¹⁰³, como lo hizo también aquel santo y bendito mártir Esteban cuando fue cruelmente apedreado hasta la muerte por los judíos obstinados y contumaces, para ejemplo de todos los que verdadera y sinceramente seguirán a su Señor y maestro Cristo en esta miserable y mortal vida¹⁰⁴.

Ahora bien, al preguntarnos si debemos orar por los que han partido de este mundo, o no, veamos lo siguiente. Si sólo nos atenemos a la Palabra de Dios, debemos admitir que no tenemos ningún mandamiento al respecto. Porque la Escritura no reconoce sino dos lugares después de esta vida, el uno propio de los elegidos y bienaventurados de Dios, el otro de las almas reprobadas y condenadas, como bien puede deducirse de la parábola de Lázaro y el hombre rico¹⁰⁵. San Agustín nos explica en este lugar: "Lo que Abraham dice al hombre rico en el Evangelio de Lucas, a saber, que los justos no pueden entrar en los lugares donde son atormentados los impíos, ¿qué otra cosa significa, sino que los justos, por razón del juicio de Dios, que no puede ser revocado, no pueden mostrar ninguna obra de misericordia ayudando a los que después de esta vida son arrojados a la cárcel hasta que paguen el último centavo¹⁰⁶? Estas palabras, así como rebaten la opinión de que podemos ayudar a los muertos con la oración, así también refutan y eliminan completamente el vano error del purgatorio que se basa en esta sentencia del Evangelio: "No saldrás de aquí hasta que hayas pagado el último céntimo¹⁰⁷". Ahora bien, San Agustín dice que aquellos hombres que son arrojados a la cárcel después de esta vida con esa condición de ninguna manera pueden ser ayudados, aunque nosotros deseemos ayudarlos mucho. ¿Y por qué? Porque la sentencia de Dios es inmutable y no puede revocarse nuevamente. Por lo tanto, no nos engañemos, pensando que podemos ayudar a otros, o que otros pueden ayudarnos a nosotros con sus buenas y caritativas oraciones en el futuro. En efecto, como dice el Predicador: «Cuando el árbol cae, ya sea hacia el sur o hacia el norte, dondequiera

¹⁰² Mateo 5:44–45.

¹⁰³ Lucas 23:34.

¹⁰⁴ Hechos 7:60.

¹⁰⁵ Lucas 16:19–26.

¹⁰⁶ Agustín, *Quaestiones evangelicae*, 2.38.3.

¹⁰⁷ Mateo. 5:26.

que caiga, allí queda¹⁰⁸», dando a entender con esto que todo mortal muere ya sea en estado de salvación o de condenación, según también claramente nos enseñan las palabras del Evangelista Juan, cuando dice: «El que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna, pero el que no cree en el Hijo no verá nunca la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él¹⁰⁹». ¿Dónde está entonces el tercer lugar que llaman purgatorio? ¿O en dónde serán de ayuda y aprovecharán nuestras oraciones a los muertos? San Agustín sólo reconoce dos lugares después de esta vida, el cielo y el infierno. En cuanto al tercer lugar, niega claramente que se encuentre tal en toda la Escritura¹¹⁰. Crisóstomo también piensa que, a menos que lavemos nuestros pecados en este mundo presente, no encontraremos consuelo en el porvenir¹¹¹. Y San Cipriano dice que después de la muerte «el arrepentimiento y el dolor serán sin fruto; el llanto también será en vano y la oración será en vano». Por eso aconseja a todos los hombres que se provean a sí mismos mientras puedan, porque «una vez que hayan partido de esta vida, no hay lugar para el arrepentimiento, ni tampoco para la satisfacción¹¹²». Que estos y otros lugares similares sean suficientes para quitarnos de la cabeza el craso error del purgatorio, ni soñemos más que las almas de los muertos sean ayudadas en algo por nuestras oraciones, sino que, como nos enseña la Escritura, pensemos que el alma del hombre, al salir del cuerpo, va directamente al cielo o al infierno, del cual el uno no necesita oración y el otro no tiene redención.

El único purgatorio en el que debemos confiar para ser salvos es la muerte y la sangre de Cristo, la cual, si la recibimos con una fe verdadera y firme, nos purga y nos limpia de todos nuestros pecados, tan bien como si Él estuviera ahora colgado de la cruz. «La sangre de Cristo -dice San Juan- nos ha limpiado de todo pecado¹¹³». «La sangre de Cristo -dice San Pablo- ha purificado nuestras conciencias de obras muertas para servir al Dios vivo¹¹⁴». También en otro lugar dice: «Somos santificados» y hechos santos «por la oblación del cuerpo de Jesucristo», hecha «una vez para siempre¹¹⁵». Y añade más, diciendo: «Con la única oblación» de su bendito cuerpo y su preciosa sangre «ha hecho perfectos para siempre a todos los santificados¹¹⁶». Éste es, pues, el purgatorio en el que todos los cristianos deben poner toda su confianza y seguridad, sin dudar de que si verdaderamente se arrepienten de sus pecados y mueren en perfecta fe, entonces pasarán inmediatamente de muerte a vida. Si esta clase de purgación no les sirve, que nunca esperen ser liberados por las oraciones de otros hombres, aunque continúen en él hasta el fin del mundo.

¹⁰⁸ Ecl. 11:3.

¹⁰⁹ Juan 3:36.

¹¹⁰ Anónimo, Hypognost., 5.5. Atribuido tradicionalmente a Agustín.

¹¹¹ Juan Crisóstomo, Hom. en Genesim, 5. 112.

¹¹² Cipriano, Ad Demetrianum, 23-24.

¹¹³ 1 Juan 1:7; Apocalipsis 1:5.

¹¹⁴ Heb. 9:14.

¹¹⁵ Heb. 10:10 (Vulgata).

¹¹⁶ Heb. 10:14.

El que no puede ser salvo por la fe en la sangre de Cristo, ¿cómo podrá ser librado por la intercesión de los hombres? ¿Tiene Dios más respeto por el hombre en la tierra que por Cristo en el cielo? "Si alguno peca", dice San Juan, "abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo, y Él es la propiciación por nuestros pecados¹¹⁷". Pero debemos tener cuidado de invocar a este abogado mientras tengamos tiempo en esta vida, no sea que, una vez muertos, no nos quede ninguna esperanza de salvación. Porque así como cada uno ha de dormir con su propia causa, así cada uno resucitará con su propia causa¹¹⁸. Y tenga presente esto, que en el estado en que muera, en el mismo estado también será juzgado, ya sea para salvación o para condenación¹¹⁹.

No soñemos, pues, con el purgatorio ni con la oración por las almas de los muertos, sino oremos con fervor y diligencia por los que están expresamente mandados en la Sagrada Escritura, es decir, por los reyes y gobernantes, por los ministros de la santa Palabra de Dios y de los sacramentos, por los santos de este mundo, llamados de otro modo los fieles, para abreviar, por todos los hombres vivientes, por muy grandes enemigos de Dios y de su pueblo que sean, como los judíos, los turcos, los paganos, los infieles, los herejes, etc. Entonces cumpliremos verdaderamente el mandamiento de Dios en ese sentido y declararemos claramente que somos los verdaderos "hijos de nuestro Padre celestial, que permite que el sol brille sobre buenos y malos y que la lluvia caiga sobre justos e injustos¹²⁰". Por estos y todos los demás beneficios concedidos con gran abundancia a la humanidad desde el principio, démosle gracias de corazón, como estamos obligados, y alabemos su nombre por los siglos de los siglos.

Amén.

¹¹⁷ 1 Juan 2:1-2.

¹¹⁸ Agustín, Tractatus in Iohannem, 49, 9.

¹¹⁹ San Agustín, Ep. ad Hesychium, 199.2.

¹²⁰ Mateo. 5:45.